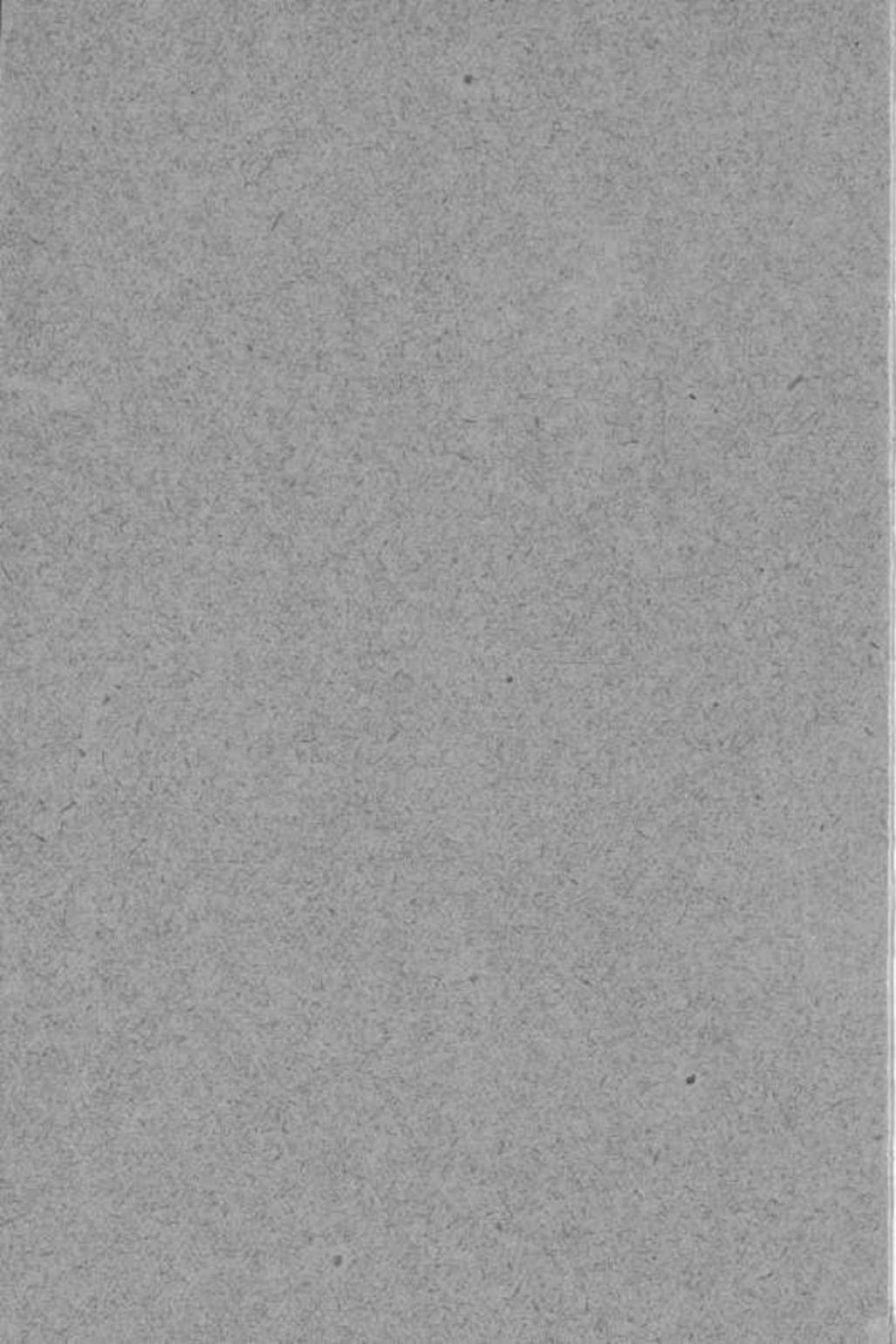
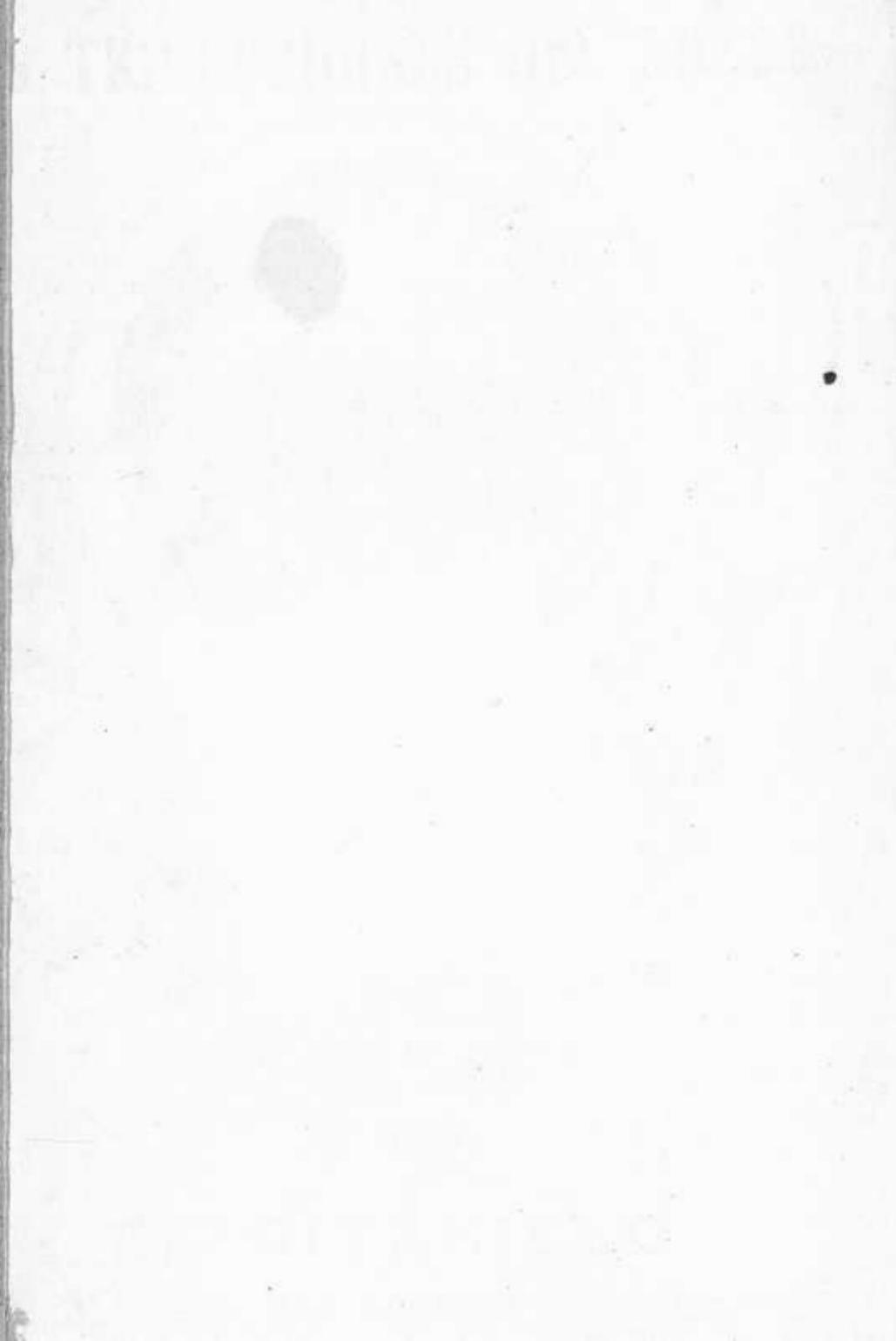


CITANILLO

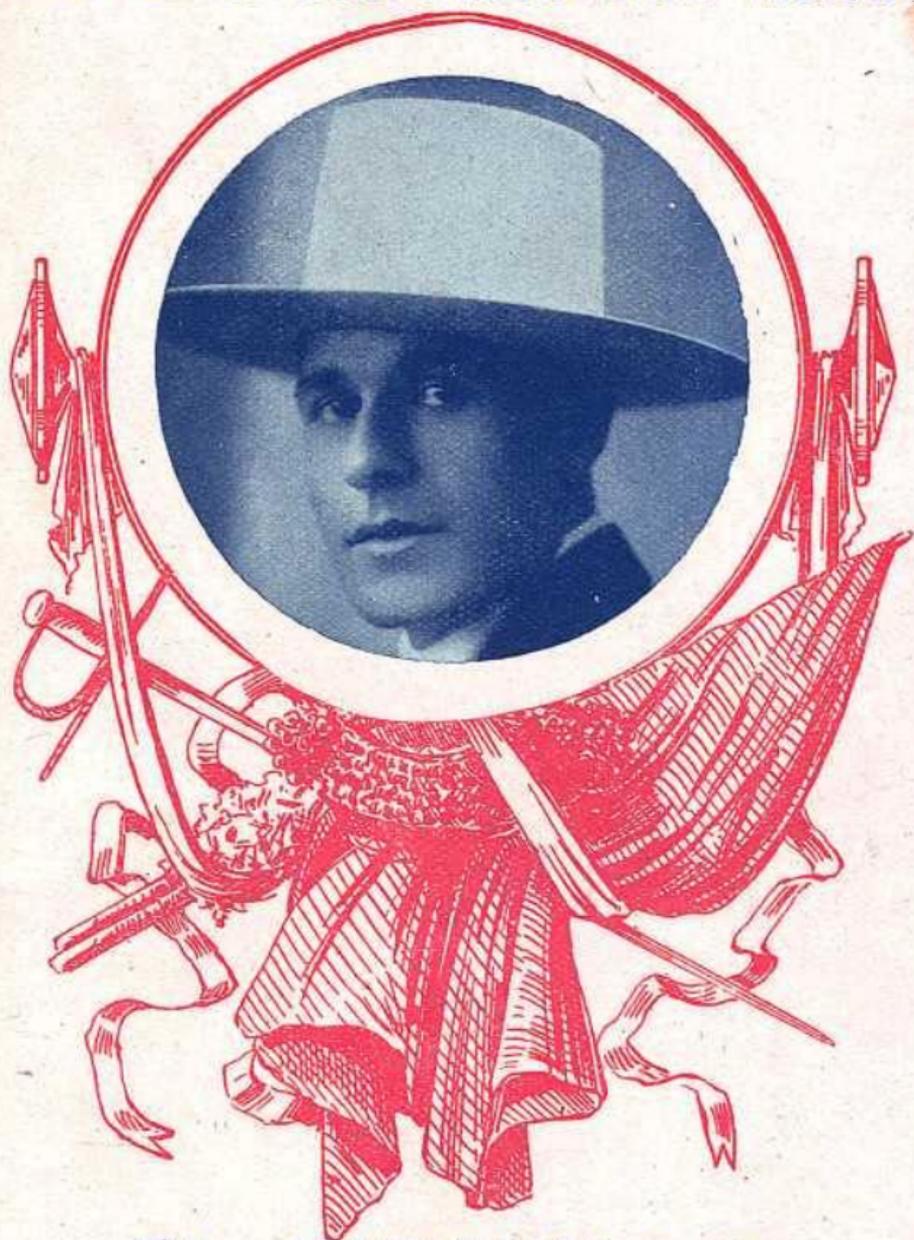








LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO



EL GITANILLO

Año II

30 céntimos

Núm. 5

SÁNCHEZ CARRÉRE



LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Calabria, 96

Barcelona

Teléfono 175-H

Año II



Núm. 5

Ediciones BIBLIOTECA FILMS



BRAULIO LAUSIN "GITANILLO"

..

"El diestro que se mete
dentro de los toros"



Relación documentada
por

Adolfo SÁNCHEZ CARRÉRE

*Con este número se regala una postal
de BRAULIO LAUSIN (GITANILLO)*

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Registrada. Queda hecho el
depósito que marca la ley.

BRAULIO LAUSIN

“ GITANILLO „

••

“ El diestro que se mete dentro de los toros “



La frase de un espec-
— — tador — —

Jamás había cruzado con él la palabra.

Le conocía, sí, de verle torear.

Siempre que su nombre figuraba en los carteles, servidor acudía a la Plaza, atraído por su toreo inverosímil, el cual tenía la virtud de no sólo entusiasmar a los espectadores, sino también de provocar en ellos un fenómeno fisiológico, tan extraño como el de ponerles el corazón en la garganta.

Tal es la impresión de emocionante sobresalto que nos produce al colocarse, retador, con el capotillo delante de la fiera, aguantando, impávido y sin moverse del sitio, la embestida temible de sus cuernos que pasan, de continuo, rozando los alamares dorados de su chaquetilla sedaña.

Recuerdo que en cierta ocasión, viendo a

«Gitanillo» torear con su peculiar estilo, es decir, embutiéndose en la res, a fuerza de arriarse, le oí decir a un espectador que ocupaba la localidad vecina :

—¡ Qué bárbaro ! Lo que hace este diestro, más que torear, es «meterse dentro de los toros».

Y a fe que encontré gráfica y justa la expresión.

Porque así es, en efecto.

De Braulio Lausín, puede afirmarse, sin temor a la hipérbole, que «se mete dentro de los toros». Su toreo es un desafío de poder a poder.

¿Cuál de los dos podrá más ?

¿El lidiador ?

¿El cornúpeto ?

Estas son las preguntas que brotan de todos los labios estremecidos, contemplando aquella conjunción escalofriante de la fiera y el hombre. Y con asombro, vemos que éste es, casi siempre, el vencedor. Aunque algunas veces...

Aún recuerdo, aterrado, la trágica tarde en que uno de Santa Coloma le mandó, casi muerto, a la enfermería.

Fué...

Pero dejemos que hable el interesado.

Como encontramos a
— — «Gitanillo» — —

Juzgándole merecedor de un puesto preferente en la galería taurómaca de LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO, nos dedicamos a su busca y captura.

No pudimos hallarle en Fornos.

Ni en la «Maison Doré».

Ni en ninguno de los cafés inmediatos, donde, por lo general, establecen sus tertulias los astros coletudos de la torería.

—Anoche le vi yo—nos dijo uno—. Está malo. Piensa irse al campo una temporada para reponerse.

Nos alarmaron semejantes informes.

—¿Se escapará a nuestro afán interviuador?—pensamos con el pavor natural de un fracaso en perspectiva.

Para evitar el hecatómbico accidente, recurrimos a la influencia eficacísima de Victoriano, su apoderado, quien nos promete una rápida presentación.

Confiando en sus palabras optimistas, partimos de la calle del Barco, número treinta, donde se halla instalado su domicilio.

Y para cumplir con el precepto, puesto que la acción se desarrolla en la tarde fría y lluviosa de un domingo invernal, nos metemos, acto seguido, en un teatro que se dedica al es-

pectáculo paradójico y monótono de las «varietés».

Aunque el local, como es lógico, se encuentra abarrotado de público, nuestra expeditiva condición de periodistas nos facilita el acceso a la sala... mediante el abono en taquilla de cuatro pesetas, importe de la única localidad disponible.

Ya estamos dentro.

La belleza de los rostros femeninos, sugestivos y atrayentes, monopoliza largo rato la atención de nuestra mirada.

La negrura honda y desequilibrante de unos ojos albaicinescos que relucen como soles en la blancura de una faz que Sierra Nevada parece, detiene un instante la curiosidad exploradora de nuestras pupilas.

—¡ Hermosa mujer !—exclamamos.

Y clavando la vista con persistente indiscreción en el palco que la bella ocupa, nos olvidamos del respeto que su acompañante varonil merece.

—¡ Qué suerte de hombre !—le oigo decir a uno que, embelesado, la contempla también, refiriéndose al sujeto que aparece a su lado.

—Me gusta más ella—especifica otro.

—Y a mí—abunda un tercero.

—Y a mí—los demás coinciden.

—Se comprende. ¡ Como que él no vale nada !—juza un crítico de belleza masculina.

—¿ Quién le ha dicho a usted eso ?—interviene uno del corro, muy conocido por su afición vehemente a la Fiesta Nacional.

—Yo se lo digo a usted—replica el objetado.

—Pues hágase usted la cuenta de que, sin

querer, ha procedido a la sensible introducción de ambos remos pedestres.

—¿Que yo he metido la pata?

—Las dos de atrás, sí, señor. Ese que ve usted ahí se merece no sólo una hembra como esa, sino otra mejor que esa.



«Gitanillo» metiéndose en el toro

—¿Por qué?

—Por su valor. ¿Usted no le conoce?

—¿El comandante Franco digo yo que no será?

—No, señor. Es «Gitanillo».

Al escuchar esta sensacional declaración, pegamos un salto de alegría.

¡ Nuestro hombre allí !

—Indudablemente—pensamos—la casualidad es el hada protectora de los «reporteros».

Y satisfechísimos por la trascendencia filosófica del pensamiento que se nos acaba de ocurrir, nos lanzamos ligeramente en dirección del platea que ocupa el bien acompañado «Gitanillo».

—Usted perdone que ose presentarme en estas circunstancias—nos disculpamos.

—Usted no osa nunca—rectifica él.

—Oso, sí, señor, oso.

—Bueno, hombre, no se ponga usted así, que está muy feo.

—Mejor. Tratándose del hombre y del «oso» ya sabe usted lo que dice el refrán—exclamo sin poder contener una mirada de codicia que, indiscreto, le dirijo a la señora.

Insisto, con la esperanza de que sus bellos ojos, fijos en Lausín, presten su conformidad al adagio.

Inútilmente.

La espléndida señora calla y no me mira.

Viendo, sin embargo, a «Gitanillo», comprendo que debe estar muy conforme con lo expresado por el axioma.

Lausín suple la falta de «adonismo» fisiológico con otras dos cualidades, las más cautivadoramente embellecedoras de una espiritualidad: la simpatía y la modestia, ostensibles a las primeras palabras que con él se cruzan.

Se encienden los focos para el número de la «estrella».

Reclama el escenario nuestra atención y estrechamos la mano de «Gitanillo» en despedida

afectuosa, quedando citados para el día siguiente.

—Mañana, a las tres y media, en la «Maison».

—Allí estaré.

Cuando de nuevo ocupamos la localidad adquirida, nuestra vista, involuntariamente, se aparta de la escena para buscar, con disimulo, su deleite, en la negrura de abismo, que atrae y mata, de aquellos ojos femeninos, inolvidables.

Y envidiando a «Gitanillo» parangonamos al espectador de «marras», repitiendo para «inter nos»:

—¡Qué suerte de hombre!

Da principio el relato

Al penetrar en la «Maison Doré», Victoria-no Argomániz, su apoderado, se dispone a marchar.

—Ustedes perdonen—se excusa—. Pero son las cuatro menos cuarto y a las cuatro en punto empieza el partido.

—¿Qué partido?

—El de pelota.

—¿Le interesan los jugadores?

—No, señor—responde «Gitanillo»—. Lo que le interesa son las apuestas.

—¡Ah, vamos! Se trata de ganar unas «dean-dras».

—Precisamente, sí, señor.

—Váyase, váyase entonces—indicamos.

—Ahora me iré. Antes quisiera oír algo de lo que va a decirles a ustedes este hombre.

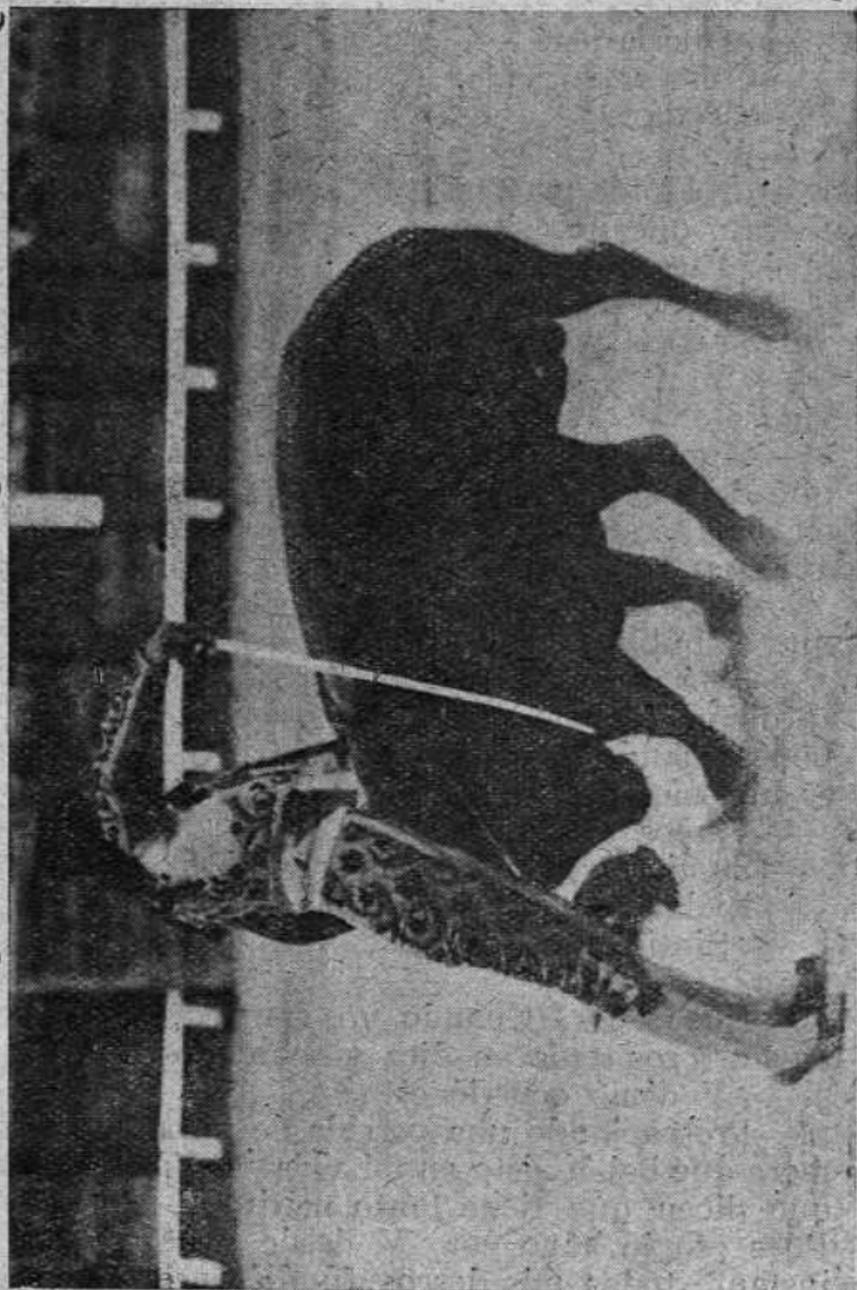
—Por mi parte no hay inconveniente.

—Ni por la mía.

—Al contrario. Puede que tú nos hagas falta para algunos datos. Yo tengo muy mala memoria.

—Vengan ustedes a acá—guía Argomániz, colocándonos, con «Gitanillo», en una mesa, algo distante de la reunión general donde le hallamos al entrar en el café.

Toda ella gente de toros, comenta, charla, discute...



«Gitanillo» en un ceñidísimo pase de muleta

—¿Quería usted...?

—Conocer su vida.

—¿Toda?

—Sí.

—¡No pide usted ná!

—Lo que necesito.

—¿Para qué?

—Para referírsele a los lectores de *LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO*.

—¿Y a los lectores qué les importa mi vía?

—Mucho. Cuando la popularidad acaricia a uno de sus elegidos, la intimidad se convierte en escaparate que el público curioseará con avidez.

—Pues si que es un gusto bastante tonto, y que el público me perdone.

—Está usted perdonado, pero así es. Y ahora digamos como ustedes a los piqueros tumbones cuando la lidia comienza: ¡Al toro, que es una mona!

—Vamos a allá.

—Su tierra natal, ¿cuál es?

—Riela, provincia de Zaragoza.

—¿Sintió usted la afición al toreo desde niño?

—No, señor. Cuando yo empecé a pensar en los toros tenía ya diez y ocho años.

—¿Y cómo ocurrió esto?

—Presenciando una corrida de toros, la primera que había visto en mi vida. «¿Y eso es lo que dicen que tiene tanto mérito?—pensé—. Pues eso lo hago yo». Y desde aquel mismo instante todos mis deseos fundiéronse en una sola aspiración: la de torear.

Para conseguirlo, tuve, ¿cómo no?, que escaparme de casa de mis padres, yéndome a las capeas de Salamanca.

Entre Salamanca y Cáceres estuve dos temporadas seguidas, pasando los más grandes apuros, hasta que logré mi ideal: actuar como matador.

—¿En dónde?

—En Zaragoza. Fué una novillada de las llamadas económicas.

—¿Qué tal quedó usted?

—Que se lo diga este.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Y por qué no se lo dices tú?—interroga Argomániz.

—Porque a mí me parece que no está bien que hable uno mismo de sus éxitos para elogiarse.

—¡Caray! ¡Qué modestia!

—La que no se estila.

—¿Qué quiere? Yo soy así.

—Bueno, bueno. Tú mandas. Diga usted, amigo Carrére, que aquí Braulio alcanzó un éxito gordo; tan gordo que toreó cuatro novilladas más, llegando, durante aquella temporada, a actuar en unas veinte corridas de novillos sin caballos.

—¿Y su debut formal...?

—Ése tuvo lugar en Barcelona.

—¿También con éxito?

—Argomániz se lo dirá.

—¡Ya lo creo!—exclama el aludido—. Como que fué contratado para seis novilladas seguidas con picadores.

—Desde entonces es Victoriano Argomániz apoderado mío.

—Ahora te toca a ti, Braulio, dedicarme unos cuantos elogios.

—¿Y qué voy yo a decir de ti?

—Los adjetivos de costumbre.

—¿Que eres formal, activo, inteligente, simpático, muy simpático...?

—¡Basta, basta! Écha los frenos que descarrilas!

—No hay cuidao.

—Sigamos con su vida torera. ¿Permaneció de novillero mucho tiempo?

—Dos temporadas.

—¿Y tomó la alternativa...?

—En Santander, el año mil novecientos veintidós.

—¿De manos de quién?

—De Mejías, y me la confirmó en septiembre del mismo año, Dominguín, gran amigo mío. A la temporada siguiente que fué... Dilo Argomániz.

—Brillantísima.

—Toreé cuarenta corridas de toros en las principales plazas de España.

—Y en la actualidad—prosigue el apoderado elogiadore—se encuentra colocado en primera fila, gracias a sus propios méritos y a su valor, por el cual ha conseguido que los aficionados le pusieran el sobrenombre de «León de Riela».

En el umbral de la
— — muerte — —

—¿Sufrió usted muchos percances?

—¿Cogidas?... ¡La mar!

—¿La más grande suponemos que sería...?

—La del diez y seis de mayo de mil novecientos veinticuatro, en la plaza de Madrid, con toros de Santa Coloma y alternando con Marcial Lalanda y Villalta.

—¿Y decía usted que tenía mala memoria?

—¡Hay cosas que no se pueden olvidar! Esta cogida fué... Que se lo diga Argomániz.

—¡Brutal! ¡Premenda! ¡Escalofriante!

¡Como que estuvo si se las lía o no se las lía!

—¿En el umbral de la muerte?

—Eso mismo.

—Cierto que sí.

—¡Ah, pero ustedes...!

—Lo vimos y lo recordamos, sí, señor.

—Vamos a ver si es verdad.

—¿Quiere usted que le refiramos lo sucedido?

—Venga.

—Llamábase el bicho «Rompelanzas». Era negro, entre pelao; lidiábase en tercer lugar y parecía tener más edad y tamaño que los anteriores. De bravura tampoco andaba mal porque no hizo más que salir y estropear un jaco.

Usted se dirigió a él y comenzó con dos lan-

ces de capa de los suyos, ejecutando después unas «gitaneras», tan derecho y tan verdad, que el público levantóse en masa de sus asientos para ovacionarle y jalearle con frenético entusiasmo.

Pasaron las banderillas, medianamente colocadas por «Alpargaterito» y otro que no recordamos en este momento.

Sonó el clarín anunciando la hora de la verdad.

Usted, provisto de muleta y estoque, dirigióse al astado enemigo, dándole, para empezar, cuatro muletazos con ambas manos y sin acercarse tanto como de costumbre porque el bicho gazapeaba no poco.

No duró mucho este alejamiento y esta desconfianza.

«El diestro que se mete dentro de los toros» recordó sin duda que por algo le habían puesto este mote, y esclavo, como siempre, de la emoción exigida a su toreo particularísimo, lióse el toro a la cintura, en varios pases por alto y de pecho, para seguir después arrodillado dando de esta forma dos pases de pecho más.

Las palmas echaban humo; el regocijo era unánime y parecía que no iba a concluir. Pero la fatalidad vino a poner inesperadamente su punto y aparte.

Al rematar con la rodilla izquierda clavada en el suelo, el tercer pase de la tanda, vimos con terror, que su cuerpo, enganchado por el pitón, se elevaba al espacio siendo volteado repetidas veces antes de caer.

Precipitadamente, «Moreno», su mozo de estokes, que saltó al ruedo al ver la cogida, ayu-

dado por los «monos», le condujo a la enfermería.

—¡ Qué instantes aquellos!—exclama Argomániz—. ¡ Tampoco yo los puedo olvidar! La herida, situada en el tercio superior de la pierna izquierda, presentaba un orificio de entrada



«Gitanillo» sacado en hombros de la plaza

limpio de unos dos centímetros de diámetro. Cuando el doctor Segovia quiso medir su profundidad, la sonda entera desapareció dentro del muslo, el cual hubo que abrir en casi toda su extensión, después de cloroformizar a Braulio, porque la herida llegaba hasta el fémur, cuyo periostio había lesionado, y en todo el

trayecto, de unos treinta centímetros de profundidad, había destrozado vasos, músculos y la vena femoral también.

—¿Sería difícil la operación?

—Difícilísima. Pero la ciencia médica venció y dos horas más tarde, cuando el ligamento de la femoral estaba ya hecho, «Gitanillo» reposaba en otra cama, reanimado por las inyecciones de suero adrenalina y aceite alcanforado, que fué preciso administrarle.

— Tarde sangrienta —

—¡ Mala tarde fué aquella tarde!—exclama «Gitanillo», con suspiros de amarga evocación.

—¡ Sí que lo fué!

—¡ La sangre que se derramó en la enfermería! ¿Recuerdas, Victoriano, cuando estando operándome a mí, entró también herido por un tóro, el «Gallego»?

—Cierto que hubo además otra cogida.

—Y grave, sí, señor.

—La del picador «Gallego» que salvó la pelleja gracias a Marcial Lalanda, el cual le hizo un quite de los más emocionantes y valerosos que se han visto en la plaza de Madrid.

—¡ Sí que pasaría un buen rato el pobre píquero, viéndose obligado a presenciar primeramente la dolorosa cura que le hicieron a usted y a soportar luego, sin anestesia, la que le hicieron a él!

—Sin anestesia, sí, señor. Casi toda la gastaron en mí. Por cierto que al recobrar el conocimiento sufrí unos accesos de agitación nerviosa terribles.

—¡ Como que éramos ocho hombres a sujetarte, entre ellos, Valencia II, Dominguín y el pobre Juan Anlló, que acudieron a la enfermería en cuanto lo supieron, y entre todos no podíamos contigo!

—¿Permaneció usted mucho tiempo en la enfermería de la plaza?

—Hasta las diez de la noche, a cuya hora me trasladaron al Sanatorio del Perpetuo Socorro, sobre una camilla en la cual iba sujeto por tres fajas con el fin de evitarme todo movimiento. La conducción, en la que alternaron con los mozos, los picadores y banderilleros de la cuadrilla, fué presenciada por centenares de personas que, formando parte del triste cortejo, llegaron hasta el mismo Sanatorio.

—¿Recuerda usted por casualidad el texto del parte facultativo?

—¡Vaya! Aquí lo llevo. Mírelo usted—nos dice Argomániz, sacando de la cartera un recorte de periódico.

Leemos:

«Durante la lidia del tercer toro, ingresó en esta enfermería el espada Braulio Lausín, «Gitaniño», con una herida por asta de toro en la cara postero-externa, tercio inferior del muslo izquierdo, que rompe la piel, aponeurosis, músculos aductores y la vena femoral, llegando hasta el fémur, con una trayectoria hacia arriba y afuera de una profundidad aproximada de treinta centímetros. Pronóstico muy grave.—Doctor Segovia.»

¡ Si tiene ganas de fumar está salvado ! —

—Al día siguiente de entrar en el Sanatorio —prosigue el apoderado— fué a visitarle el prestigioso e inteligente crítico de *La Voz*, «Corinto y Oro».

—¿ Vas a contar lo del tabaco?—interroga «Gitanillo».

—Sí, porque es un detalle que seguramente resultará de interés.

—Veamos.

—Diga usted que no tié ná de particular. Fué que me encontró fumando, ¿ sabe usted? Y al hacerme la observación de que esto podría tal vez perjudicarme, yo:

—Tié que ser lo que Dios quiera—le dije—, pero que no me quiten de fumar porque me matan si me lo prohíben. Es el único vicio que me domina.—Eso fué tóo. ¡ Ya usted ve qué cosa !

—Si cuentas eso sólo, claro que no tiene importancia—replica Argomániz—. Di también lo que añadieron entonces a este propósito, Valencia, Nacional, Villalta y Dominguín, que se hallaban presentes.

—No me acuerdo.

—Pues yo sí. Dijéronle a Maximiliano Clavo: « ¡ Si tiene ganas de fumar está salvado ! Cuando un torero, con una cornada de esta clase, no pierde su afición al pitillo, es señal

indudable de que la cosa va bien. Pero si estando grave, le hace ascos, ¡malo! ¡muy malo!»

—¡Si que es dato curioso para la sintomatología!

—¿Qué dice?

—Que Lausín toma te y lejía. ¿No lo has oído?

Reímos de buena gana la graciosa traducción del técnico vocablo.

—¿Persistió la gravedad mucho tiempo?

—Bastante. Y vino a complicarlo más la cura de otra lesión que sufrí en la anterior corrida.

—¡Ah! ¿Pero también había sido usted cogido por un toro...?

—Cinco días antes.

—¿Y salió usted a torear...?

—Con la herida abierta, sí, señor.

—¡Qué valor tan temerario!

—¿Y qué va a hacer uno? ¡Hay que dar gusto a la afición y al público! ¡Para eso nos pagan!

—¿Es posible?



«Gitanillo» en el crítico momento de... la verdad.

Como entiende el toreo
— — «Gitanillo» — —

—¡ Claro que sí que es posible !

—Si el principal aliciente de nuestra castiza fiesta está en la emoción, bueno que la emoción se brinde siempre, pero nunca a costa de la sangre del torero, que debe, en todo instante, dominar el engaño para salvar su vida cautivando al público con el poder maravilloso de su arte.

—Toó lo que usted quiera, pero ¡ no es por ahí !

—¿ Que no, dice ?

—Para este, no—afirma Argomániz—. ¿ Usted no sabe como entiende el toreo «Gitanillo» ?

—No.

—Pues va usted a saberlo—remata Victoriano, volviendo a sacar de la cartera otro recorte de *La Voz*.

Pertenece a la reseña que el «as» de la crítica taurina, «Corinto y Oro», publicó en dicho periódico dando cuenta de la corrida del once de mayo de mil novecientos veinticuatro, que Lausín alcanzó uno de sus triunfos mayores.

Por la revista mencionada nos enteramos de que en Zaragoza un crítico amigo suyo le dijo lo siguiente :

—Mira, Braulio ; para ser una figura del toreo a lo Cayetano, a lo Lagartijo, a lo Guerrita y a lo Joselito, hay que torear aguantando,

cargando la suerte, enmendándose en el viaje cuando el toro no queda a la distancia suficiente al salir de los vuelos de la muleta; y si prefieres ser un matador a lo Tato, a lo Mazzantini, a lo Frascuelo, a lo Algabeño y a lo Pastor, hay que perfilarse por el centro de la suerte, guiarla la muleta, adelantar y bajar la mano, rozar el costillar, hecho el embroque y mirar solamente a la cruz en el momento de dar la estocada: todo esto en la ejecución del volapié; en la suerte de recibir, lo primero que debes hacer es...

—No se moleste más, señor crítico, porque me parece que ná de eso me va a entrar en la «mollera». Por algo soy del pueblo que soy. Yo entiendo los toros así; a ver qué le parece a usted; pa ser figura del toreo a lo... tóo eso que ha dicho usted, no hay mejor cosa que salir a la plaza y dejarse matar de los toros... y arreglao.

—Bueno, pero eso de salir a dejarse matar es un disparate.

—¡Ca! Cuando sale uno a dejarse matar, los toros no le hacen a uno más que cosquillas. A lo mejor los toros matan al que sale a engañarlos como un chino. Y yo soy de Riela y no engaño a nadie: ni al toro, ni al público. Y el que quía picar que pique buenamente.

—Ya, ya veo que tú eres del mismo pueblo que aquel baturro del cuento que cuando le preguntaron que como se hacía un cañón, contestó:

—Para hacer un cañón no hay más que co-
ger un agujero muy largo, forrarlo de hierro...
¡y listo!

La opinión de Douglas
— — Fairbanks — —

—¿Le ocasionó a usted muchos perjuicios la cogida de referencia?

—Bastantes. Sin embargo, lo que más sentí es no haber podido torear la corrida siguiente en Madrid.

—¿Por qué?

—Por saber lo que el pelicularo Douglas Fairbanks pensaba de mí.

—¡Ah! ¿Pero Douglas asistió aquella tarde a los toros?

—Sí, señor—nos informa Argomániz—. Y se encargó de hacer en *La Voz*, a medias con el imparcial «Corinto y Oro», la revista del festejo.

—¿Y qué decía?

—Muchas cosas que ya se me han olvidado. Lo que sí recuerdo es que confesó que era la primera vez que presenciaba una corrida de toros y que tan encantado quedaba, que él, de haber nacido español, hubiese sido indudablemente, torero, por ser esta la profesión más en armonía con su carácter, enamorado del peligro, que le atraía con fuerza irresistible.

Fortuna le brindó la muerte de uno de sus toros, rasgo que enorgulleció grandemente a Douglas, quien tuvo al día siguiente que comprar un regalo para corresponder a la atención

del torero, costumbre que él ignoraba por completo.

Viendo el quite enorme que Nacional le hizo a un compañero, cuya vida salvó merced al arrojo inenarrable con que, exponiendo seria-



«Gitanillo» veroniqueando

mente su vida, se agarró a los cuernos del bicho, Douglas aseguró que en los Estados Unidos, por ver la ejecución de este lance peligroso, el público pagaría muy a gusto, si pudiera anunciarse de antemano, más de un millón de dólares.

Los amores de Braulio

Al entrar en materia galante, la cara de Braulio se contrae con gesto de gravedad muy baturra.

Y visiblemente contrariado por nuestras preguntas, se limita a responder:

—¡Bah!... Eso de los amoríos está muy bien pa contao por una cupletista; pero no por un torero.

Evocamos, indiscretos, el recuerdo imborrable de la morena divina que en el palco le acompañaba.

—Asuntillos pa distraerse un rato y ná más —nos contesta, evasivo.

—¿No tiene usted, Braulio, ninguna persona a quien dar en el mundo su cariño?

—Sí, señor; tengo dos.

—¿Dos? ¡Caray!

—Retire la interjección, porque no es lo que usted piensa.

—¡Ah! ¿No?

—Me refiero a mi hermana y a mi hermano que viven en Riela y son la única familia que tengo.

—¿Y nadie más participa de sus afectos, de sus ilusiones?

—Nadie más. Es decir, no. Mis ilusiones hay también quien las inspira y quien las reclama.

—¿Quién?

—¡ Los toros ! Por ellos vivo ; en ellos pienso ; pa ellos es tóo mi afán...

—¡ Bien ! ¡ Muý bien !—exclamamos con admiración emocionada, estrechando la mano del bravísimo y pundonoroso «Gitanillo»—. ¡ Así, así deben ser los toreros de sangre roja !

—¿ De sangre roja ? ¡ No le diga usted eso ! exclama Argomániz—. Lausín tiene presentimientos de origen aristocrático y su única pre-ocupación es la creencia de que por las venas de sus antepasados, corrió la sangre azul.

Gitanillo protesta sonriente :

—¡ No haga usté caso ! ¡ Chufas, y ná más que chufas !

Y a continuación levántase de la mesa despidiéndose de nosotros con estas palabras :

—Con el permiso de ustés me voy a casa del médico que me tié que aplicar los rayos equis.

—¿ Se encuentra usted mal ?

—No me encuentro muy bien.

Hacemos votos por su salud mientras Argomániz se dispone a marchar al frontón en gran velocidad.

—Este no puede pasarse sin su partido—dice Lausín.

—La pelota es un deporte que se impone.

—Según. A mí no me hace falta eso—rectifica «Gitanillo».

Y nosotros lo creemos.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRÉRE

CELEBRIDADES DE VARIETES

- | | |
|--------------------------|-------------------------|
| N.º 1. Ramper (2.ª edi.) | N.º 10. Casimiro Ortas |
| » 2. Mercedes Serós | » 11. Spaventa |
| » 3. Elvira de Amaya | » 12. Pastora Imperio |
| » 4. Lope | » 13. Amalia de Isaura |
| » 5. Argentinita | » 14. Lolita Méndez |
| » 6. Chellito | » 15. Rico y Alex |
| » 7. Luis Esteso | » 16. Adellita Luiú |
| » 8. Pilar Alonso | » 17. Imperio Argentina |
| » 9. La Goya | » 18. Luisita Esteso. |

CELEBRIDADES DEL TEATRO

- | | |
|----------------------|------------------|
| N.º 1. Miguel Fleta | N.º 4. Cora Raga |
| » 2. Enrique Borrás | » 5. Sagi-Barba |
| » 3. Margarita Xirgu | (próximamente) |

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

- | | |
|-------------------------|---------------------|
| N.º 1 Manuel Báez LITRI | N.º 3 Juan BELMONTE |
| » 2 Juan Anlló NACIO- | » 4 Pablo LAIANDA |
| NAL II | |

Únicas publicaciones en su género, que ponen en contacto el alma del artista con la de sus admiradores, por medio de entrevistas verdaderas, las cuales constituirán en breve, una verdadera

BIBLIOTECA DE ORO

por ser el archivo obligado de todos los artistas de fama del arte cómico, dramático y frívolo.

Cubiertas a varias tintas. Literatura selecta. Reproducción de fotografías particulares e inéditas. En cada librito se obsequia a los lectores con una elegante tarjeta postal firmada y dedicada por el artista.

Sólo cuesta 30 céntimos cada ejemplar

Pedidos a **BIBLIOTECA FILMS - Calabria, 96 - Barcelona**
Solicitamos corresponsales

Lea usted el número 19 de

Celebridades de Varietés

Lo más original y ocurrente

El gran

BALDER

«El hombre que da vida a los muñecos»
con la interviu de este genial ventríloco
y de sus muñecos

Don Cleto, Gaonilla Chico y Kiriki

«El triunvirato de la gracia»
por nuestro eximio literato

A. SÁNCHEZ CARRERE

Ocurrencias dialogadas, coplas de *Don Cleto*
etc., etc.

Interesantísimas fotografías

Postal firmada por el gran *Eugenio Balder*

— **30 céntimos** —

¡ Pronto !

CELEBRIDADES DEL TEATRO

Número dedicado al eximio y popularísimo barítono, gloria del arte lírico,

EMILIO SAGI-BARBA

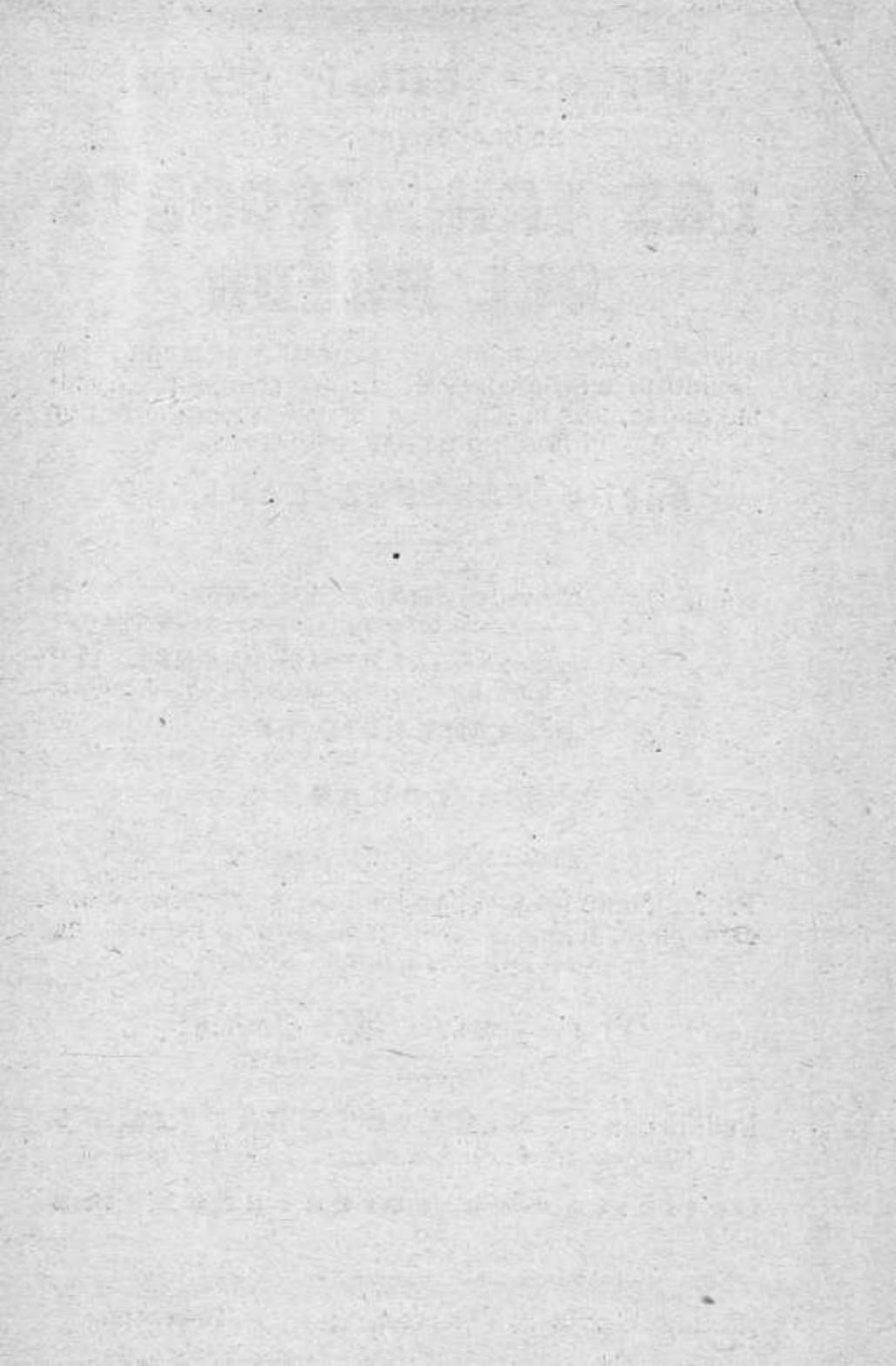


Interviu -- Anécdotas

Profusión de interesantes fotografías inéditas

Postal firmada por el gran cantante

30 céntimos



¡Exito! ¡Exito! ¡Exito!

de la nueva publicación

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

cuyos primeros números, se están agotando ya, debido al enorme interés de las relaciones documentadas, por medio de entrevistas, efectuados por el notable y popular literato,

Adolfo SÁNCHEZ CARRÉRE

- Núm. 1. **Manuel BÁEZ "LITRI"**
«El torero que se ríe de la muerte»
- » 2. **Juan ANLLÓ "NACIONAL II"**
«El matador valiente matado cobardemente»
- » 3. **Juan BELMONTE**
«El coloso de la emoción»
- » 4. **Pablo LALANDA**

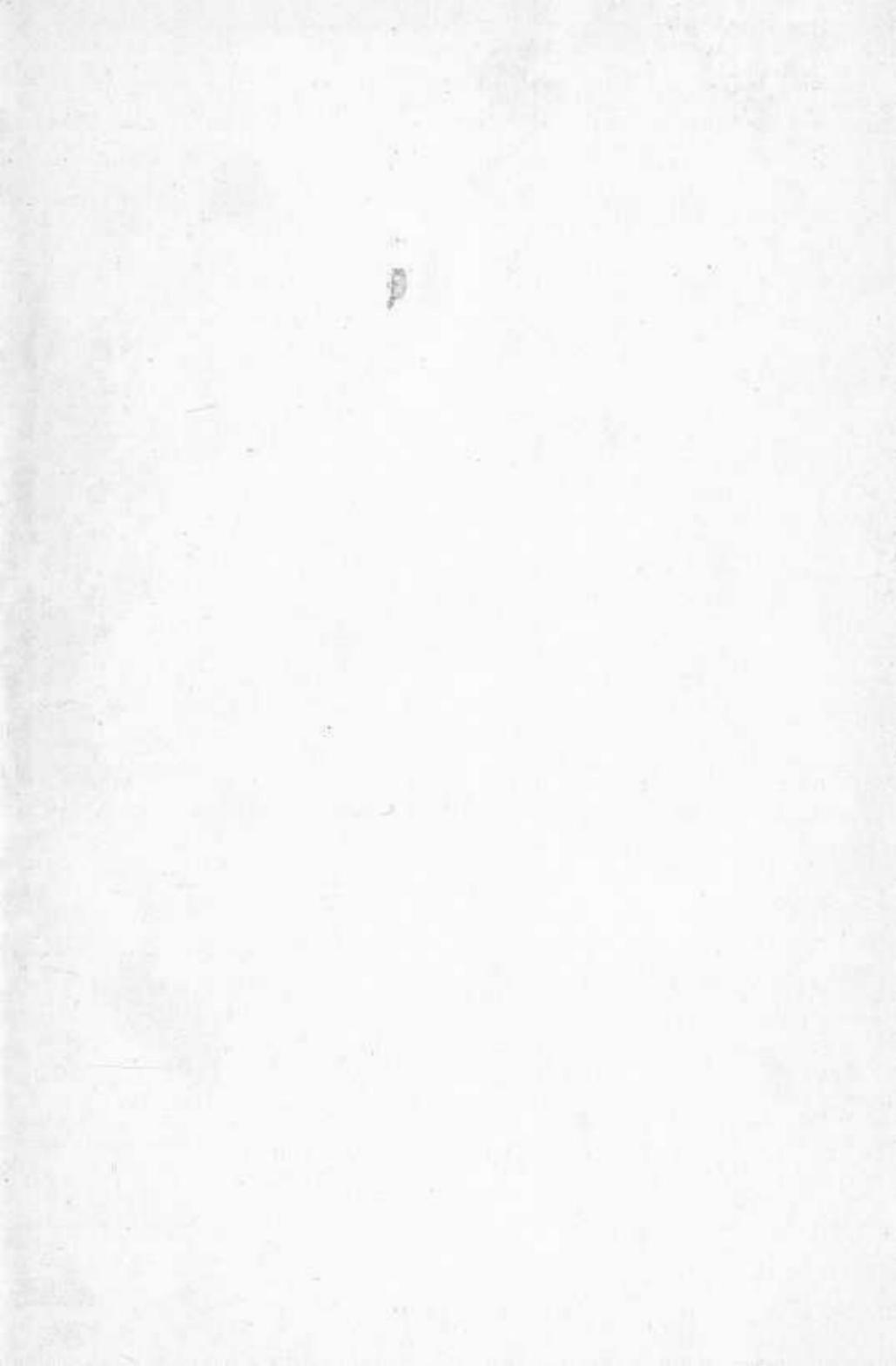
Biografía y Anécdotas

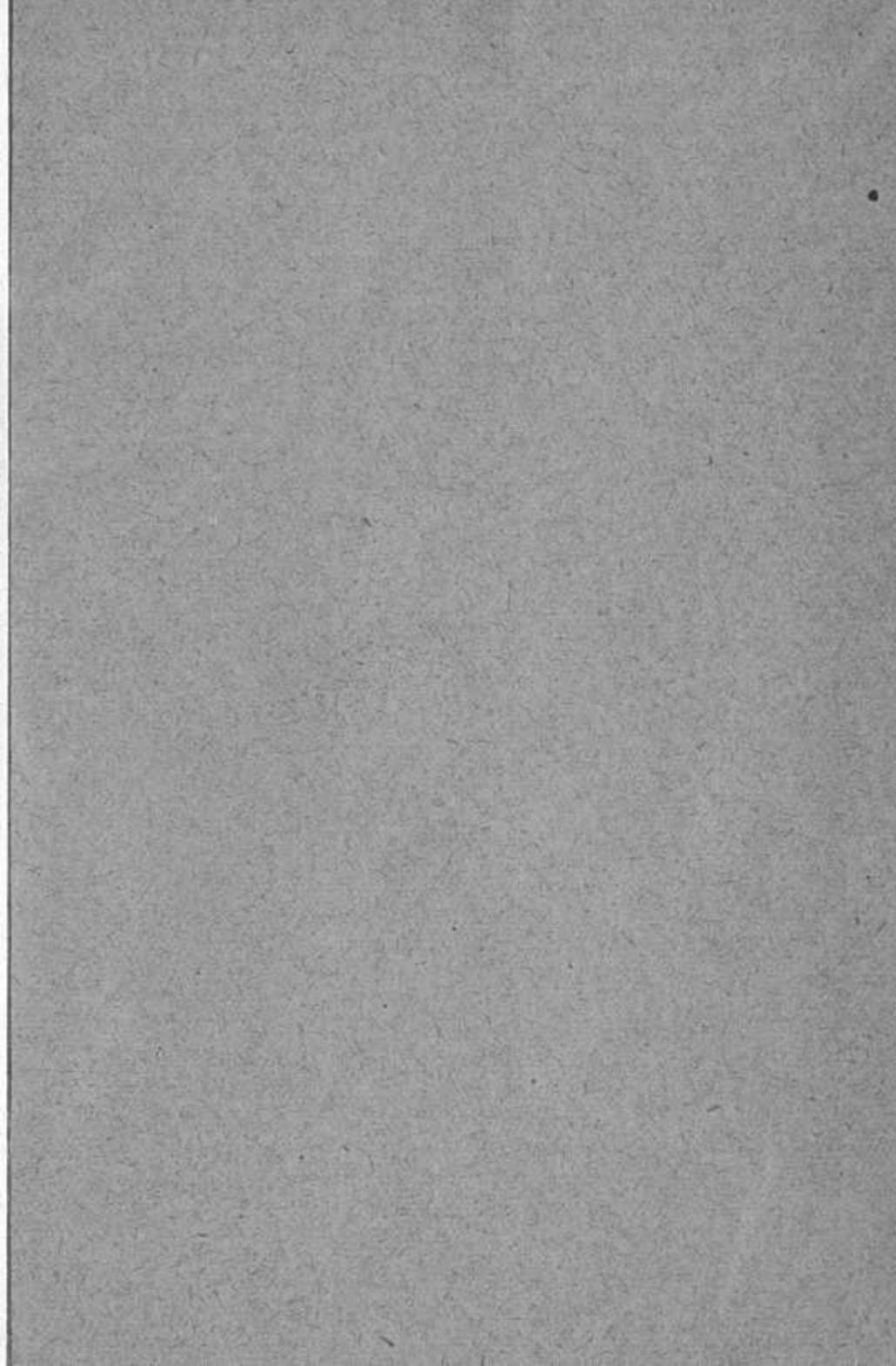
Profusión de fotografías inéditas y expofeso para esta publicación. — Con cada libro se regala una postal firmada por el diestro

Precio popular: **30** céntimos

Pedidos a: **BIBLIOTECA FILMS**
Calabria. 96, despachos núms. 1 y 4 - Barcelona

Solicitamos corresponsales







Est. 2

613

